



Akephalos

Muninn

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6° semestre

Los impulsos de los pasos pertenecientes a toda una vida se aglutinan en mi garganta. Resulta inevitable no responder ante ellos. Desesperadamente corro por la ardiente grava. Cada latido parece expandir mi cuerpo. Pienso un poco en los cantos que ellos daban al invicto astro, tan distintos al gorjeo que ahora yo entono. Pienso un poco en los llamados blemias, en su anodino semblante de boba felicidad, que para algunos franceses eran templos de coito en planetas salvajes. Corro más rápido. Pienso un poco en él, pequeño y tímido. Le habían dicho que decapitar a una gallina era un proceso rápido y sencillo, que incluso otros niños lo hallaban divertido, de cualquier modo él creía odiarlo. Tomar con firmeza al animal y truncar su vida con un ligero movimiento de la muñeca; luego, dejar correr al cadáver hasta que se agotaran sus últimas pulsaciones. Pero las manos, torpes y pequeñas, infantiles manos, no podían nunca cumplir con la orden y el ave sólo se retorció ante los temerosos apretones y él tenía que agitar dos, tres, cuatro veces el brazo hasta lograr, apenas, torcer la forma del animal. Sí, odiaba decapitar gallinas. Si tanto odiabas decapitar gallinas, ¿entonces por qué lo hiciste? ¿Habías, acaso, perdido la cabeza? Continué corriendo en violentas sacudidas. Mi memoria corporal me hace añorar los picotazos lanzados a los granos de las milpas. Continué corriendo. Los impulsos cada vez son más precipitados, creo sentir mis últimos pasos. Continué corriendo. Uno. Dos.



Cacastriz, Christian Uriel Martínez Flores (Dogmuth Behedog).